

Gilberto Koolhaas, antifilósofo

Daniel Gil

El título de estas pocas páginas es una provocación que espero se dilucide al final de ellas ¿Por qué designar a don Gilberto como antifilósofo cuando su obra está tan marcada por la filosofía? ¿Antifilósofo Koolhaas cuando entre el reconocimiento, la admiración o la crítica se decía que su pensamiento era demasiado filosófico?

Procuraré abordar el tema bajo tres rúbricas que son cardinales en el pensamiento de Gilberto Koolhaas y que están señaladas en el título de su obra a las cuales aparearé otras tres para ver la articulación entre la filosofía y el psicoanálisis. Cada una de ellas merecía un desarrollo de muchas páginas. Las limitaciones del tiempo harán que sólo apunte algunos rasgos centrales.

Ellos son: el cuerpo y la conciencia, el lenguaje y la palabra y el inconsciente y el saber.

1. El cuerpo y la conciencia

La influencia de la fenomenología en el pensamiento de Koolhaas es patente. Las referencias a Husserl, Heidegger, Merleau-Ponty aparecen reiteradamente en sus escritos.

Desde el *cogito* Husserl efectúa una reducción fenomenológica (*epoché*) para centrarse, no en la certeza de un yo que afirma su existencia, sino en el propio cogito. La conciencia aparece así enraizada en la corporeidad que permite descubrir el mundo y descubrirse. El cuerpo no es meramente percipiente exteroceptivo sino que al explorar el mundo se revela todo el ámbito de la kinestesis. El cuerpo al moverse encuentra al mundo de los objetos, pero también encuentra el otro cuerpo y su propio cuerpo en una

dimensión ambigua. Cuando mi mano toca mi otra mano, mi mano ‘descubre’ mi cuerpo en una experiencia de unificación (Merleau-Ponty).

Las categorías del espacio y el tiempo no son a *priori*, sino que es el cuerpo en movimiento el que las mediatiza.

La conciencia se revela a *sí misma* (en sí y para sí) en el conocimiento de *lo otro* (el mundo) y *del otro* (el prójimo), lo que nos hace *ex-sistentes*. Así la conciencia es conciencia de la alienación (Hegel).

La alteridad se experimenta como conciencia del otro y de sí en la dimensión del espacio y el tiempo, de lo excéntrico y lo finito, del ser y la nada, de la muerte. De allí la conciencia escindida entre el *en sí*, el *otro* (la alienación) y el *para sí*. Pero como conciencia dividida *alterada*, marcada por la alteridad (sino no sería conciencia y sólo sentimiento-de-sí) se hace conciencia desdichada (Hegel).

La mediación del *otro*, revelada en la necesidad del otro se expresa en el deseo de reconocimiento, deseo-de-deseo, que ningún otro natural puede satisfacer, deseo inagotable que muestra la falta-en-ser que Kierkegaard colocará como centro de la existencia.

Si Koolhaas hubiera quedado satisfecho en este plano su pensamiento se encuadraría dentro de la gran corriente fenomenológica y existencialista, pero con la fina sensibilidad que lo caracterizaba da nuevos pasos y entonces recurre a la etología, a la antropología, a la biología. El hombre es un ser desamparado, su ser en el mundo es un estar lanzado al mundo, ab-yecto. Por la indefensión propia de la fetalización en que nace y que lo hace, desde la dependencia absoluta e indiscriminada, pasa a la separación, a la liberación de la mano, el descubrimiento del horizonte y la palabra. El cuerpo viviente se hace conciencia del mundo, de sí, y de la mortalidad.

Es entonces que en la dialéctica de su pensamiento se articula *otro cuerpo*: el cuerpo habitado y atravesado por la pulsión, abierto por los orificios incolmables de las zonas erógenas, poblado por los fantasmas más terribles de las imagos arcaicas. El pasaje del proceso primario al secundario -sostiene Koolhaas- es la transformación de la

identificación proyectiva con el otro cuerpo en identificación reflexiva con el cuerpo propio. Y es aquí donde la fantasía inconsciente es fundamental ya que este fantasmaticar es una *actividad corporal*, es decir, una interpretación del Körper-ich que establece una significación, una identidad perceptiva *con el otro cuerpo* (pecho, madre).

La fantasía inconsciente es *la respuesta del cuerpo* a la angustia de separación por ser este cuerpo un cuerpo fetal. Si la fenomenología descubrió la relación del cuerpo con la conciencia, y la antropología la relación entre posición erecta y parto prematuro, el psicoanálisis, desde la dimensión del cuerpo sexual poblado y atravesado por la fantasía inconsciente, como función significativa de elaboración de la indefensión y de la separación, nos dice de la relación del cuerpo con el otro descubriendo el sistema cuerpo-intersubjetividad-lenguaje. No es sólo que la conciencia *se enfrente* a otra conciencia, ni que luego se divida dentro de sí, sino que se trata de *lo otro* de la conciencia, el inconsciente. La fantasía es cuerpo fantasmático fragmentado, despedazado. de la posición esquizo paranoide o del naufragio anonadante, como presencia inefable de lo real, o de la ilusión narcisista de la unificación y la completud ensombrecida por lo siniestro del doble, o la angustia de la castración imaginaria, sólo superables por la acción pacificadora del padre en tanto representante de la ley y lo simbólico.

II. El lenguaje y la palabra

En el lenguaje, o por el lenguaje, alguien dice algo a otro. Los tres elementos que señala Bühler son el emisor, el referente y *el destinatario*. El lenguaje es expresión y comunicación. Aunque Jacobson haya enriquecido las funciones del lenguaje, estas ideas, por lo menos en el pensar corriente, son las que han prevalecido.

Sin embargo Heidegger atisba otra dimensión de la palabra (*die sprache*) buscando su esencia que es también la esencia de lo humano ya que el hombre es el único viviente capaz de palabra. Lo que no significa que la palabra sea una facultad más junto a otras, sino que “es la palabra la que torna al hombre en el ser viviente que es en tanto hombre”. No se trata de que la palabra habite en el hombre sino de que *la morada del hombre es la palabra*.

Pero entonces ¿cuál es la esencia de la palabra? ¿Será la razón (*logos*) la esencia de la palabra? ¿o la razón reposa sobre la palabra? Si es así ¿dónde reposa la palabra? Sobre sí misma -dice Heidegger-en tanto la palabra es hablante, y va a buscar el hablar en estado *puro* que se encuentra (¿sólo?) en el poema.

La palabra llama y al nombrar las cosas son convocadas a un ser de cosas y al hacerlo se despliegan en un mundo donde las cosas moran.

La palabra llama al mundo y a las cosas. El hombre habita la palabra y por eso, porque la palabra llamó al mundo y a las cosas, el hombre habita el mundo.

El lenguaje es gesto y palabra. El gesto *gesta* al mundo tal como en el diálogo de Heidegger con el filósofo japonés quien dice que en el teatro y no en un escenario *vacío*, el actor con un gesto de su cuerpo, de su mano, de su mirada, hace nacer una montaña y el cielo.

La palabra diferencia al mundo y las cosas. El hombre se-para, habita el lenguaje, y se separa de las cosas y del mundo. Nostalgia eterna del cuerpo de la madre, tan idealizada como terrible.

Nuevamente, si Koolhaas quedará en este plano no haría más que permanecer en la fenomenología. Pero este políglota, que durante años compartió con Don Rodolfo Agorio sus guardias en la Colonia Etchepare donde *hablaba* con los psicóticos, o el analista con sus pacientes o leyendo los historiales de Freud, no agotaba la relación con la palabra en la fenomenología.

El cuerpo, en tanto *Körper-ich*, es la interpretación de la vivencia de la angustia del ser indefenso, desamparado, ab-yecto. El cuerpo es signo que llama a otros signos para dar cuenta de su vivencia. No otra cosa es la prodigiosa re-construcción kleiniana, realizada a partir del análisis de niños pequeños, de las peripecias del *infans* desde su nacimiento hasta su separación, erección, apropiación del lenguaje, visión del horizonte, liberación de la mano que prende y aprehende al mundo, con lo cual habla por el gesto y la palabra.

Pero con ello no quedamos reducidos al campo de la representación, de la imagen. En todo caso la representación no se deja reducir a la visibilidad sino que es el soporte de un significante”. Si la palabra es palabra, si la palabra es hablante, es en tanto *significante* y no otra es su esencia, si de esencia pudiéramos hablar en este caso.

III. El inconciente y el saber

La intuición del *cogito* no menciona que antes del “yo pienso” tiene que haber un *soy* que es quien piensa. Por lo tanto el “yo soy” y el *yo existo*” no son una conclusión que se desprende del *yo pienso* sino que presupone un *soy*. Pero ¿quién piensa es un *yo* o un *es*? (en el doble sentido de que *es* y del *ello*). Posición tan implacablemente criticada por Nietzsche como presupuesto metafísico de nuestra cultura.

Koolhaas se da cuenta de esto ya que el *cogito*, como experiencia, está tan lejos del yo-cuerpo. El cuerpo en Descartes, en todo caso, queda bajo sospecha de la duda hiperbólica y no como fundamento experiencial desde donde se construyen, se semiotizan podríamos decir, las fantasías infantiles propias de la posición esquizoparanoide, donde se elabora en el fantasma la relación con el cuerpo de la madre antes que se produzcan en separación propia de la fase depresiva.

Pero el gesto de Descartes no ha sido inocente y fue grávido de consecuencias. No es que la duda hiperbólica haya sido un descubrimiento de Descartes. Antes que él la utilizó San Agustín pero con un propósito totalmente distinto, casi diríamos en las antípodas del cartesiano. Porque si San Agustín la utiliza es para argumentar la existencia de Dios. Descartes, con la duda, inventa al sujeto de la ciencia. Desde él Dios queda como garante, pero en lo atinente al saber, como saber articulado y acumulable, eso es asunto de los hombres.

Con ello se separa *la verdad*, referida a Dios, del campo del saber, propio de lo humano.

El primer movimiento de recuperación de la verdad, más allá de atribuirla a Dios o a

la estúpida definición escolástica del acuerdo entre la cosa y el intelecto, se debe a Freud cuando sostiene que hay un saber no sabido y por no sabérselo se cree que no se sabe, o con su aforismo nietzscheano de “*el ello habla*”. Y habla en los chistes, los lapsus, los síntomas. Habla cuando y donde menos se lo espera. Lo no sabido que se sabe es lo genuino, dice Freud. No es del orden del saber sino de la verdad, no es del orden del discurso sino de la palabra, dirá Lacan.

Con ello no se entienda que se contraponen saber y verdad. Por el contrario la teoría psicoanalítica y el dispositivo técnico, transferencia mediante, son justamente las marcas imprescindibles para que ese saber no sabido, esa verdad, haga hueco, perfore, agujeree *todos* los saberes, incluido el psicoanalista.

Si bien en esto el psicoanálisis fue pionero las ciencias duras y las formales, desde su propio campo lo han acompañado. Para no mencionar más que algunas: la física no euclidiana, la indeterminabilidad heisenberiana o la indecibilidad gödeliana se encuentran en ámbitos si no iguales *por* lo menos próximos en el sentido de cuestionamiento radical de equiparación de verdad y saber propia de la *aufklärung*.

Gödel descubre que determinados teoremas matemáticos no se puede decir si son verdaderos o falsos. Es aquí, en esa zona, -dice Alain Badiou- que puede emerger la verdad.

Respecto a ella el saber llega en retraso. Lo que no quiere decir que el saber no utilice esa verdad e incluso con ella haga progresos formidables. Pero ya no se tratará de la verdad sino de la veracidad, de la verificabilidad, de lo que, en adelante, será anticipable, del campo de la representación, del mundo, y no de lo in-mundo, como Lacan llama al inconciente.

En la esencia del psicoanálisis está este tener que ver con la verdad. Por eso Koolhaas no podía quedar en el campo de la filosofía, si bien se nutría de ella permanentemente. Y por eso también el encuentro inevitable, me atrevo a decir, entre Lacan y Koolhaas, dos hombres del mismo universo cultural y de la misma actividad.

IV. La anti-filosofía de Gilberto Koolhaas

Trataré de dar cuenta ahora del porqué Koolhaas es anti-filósofo. Lo digo en el mismo sentido en que Lacan se definirá como tal al contraponer el discurso universitario, que comienza con Platón, y *no* con Sócrates, a quien Lacan designa como el primer analista.

Koolhaas es antifilósofo en la medida en que coloca la verdad (del inconsciente) haciendo agujero no en el ser, como la filosofía, sino en el saber. “Sobre aquello que no puede ser demostrado -podría haber dicho con Lacan- algo verdadero puede ser dicho”.

Su mismo estilo conciso, breve, contundente, más que discursivo, aforístico, lo aproxima más a Nietzsche, el otro gran antifilósofo, que a Hegel.

Es antifilósofo porque la preocupación de la filosofía se ha centrado sobre el ser, o sobre el ser del ente ya que el ente es el único ser que se pregunta por el ser, mientras que el psicoanálisis se pregunta sobre el deseo.

Es antifilósofo porque la rememoración *no* es la reminiscencia. La memoria es huella indeleble de nuestra condición deseante. La memoria es inscripción y transcripción no recuerdo del mundo de las ideas. La re-memoración psicoanalítica es acceso de la verdad.

Es antifilósofo porque no busca el saber de la conciencia sino la verdad del inconsciente.

Es antifilósofo porque la verdad del inconsciente es el *acontecimiento* (Foucault, Badiou) que disrumpe en el campo de los saberes.

Es antifilósofo porque si la filo-sofía es un amor (filia) a la sabiduría, el psicoanálisis es una ereto-aletheia, una erotomanía de la *alethia* (la verdad, el no olvido). En lo que tiene eros de sexual y de movimiento desde una carencia hacia un objeto que nunca va a satisfacer. “El amor -dice Lacan- es dar lo que no se tiene a alguien que no lo es”. La aletheia, la verdad como el no-olvido, al que hace referencia su etimología¹, es el

¹ *Aletehia*. La *verdad* proviene etimológicamente de *a*, partícula privativa, y *letheia*, olvido, referido a *Leteo*, el río que al ser atravesado por los muertos, antes de ingresar al Hades, procuraba el olvido.

reconocimiento del deseo como sexual e imposible.

Pero al hacer todo esto es un filósofo en segundo grado, como decía Lou Andreas-Salomé de Freud, cuando éste se horrorizaba de toda visión monista y totalizante del hombre o del mundo.

Con el prefijo “*anti*” quiero expresar -como hace Badiou- una función de distancia con la filosofía pero, al mismo tiempo, un atravesamiento de la filosofía.

Koolhaas, también en este campo, nos muestra su modestia, tan lejana de la soberbia que a veces aparece entre nosotros cuando creemos que nuestro saber es una superación de otros saberes, que las ilusiones y los errores de la filosofía los rectifica el psicoanálisis.

Koolhaas en su pensamiento trabajó con *la filosofía y el psicoanálisis*, porque se dio cuenta que ‘*ini el psicoanálisis interrumpe la filosofía, ni la filosofía ha desconstruido al psicoanálisis*’ (A. Badiou).

Para terminar estas pocas páginas, que no son lo que él merece, quiero recordar con ustedes sus palabras del último texto de la recopilación de su obra.

En el atardecer de su vida dice que cuando oye la palabra “*soir*” asocia con “*gare*”. *Gare du Nord, Bruxelles, ¡tantos años y tantas despedidas!*”

Hoy aquí sus compañeros y alumnos hacemos la última despedida a este holandés errante, errante entre tantos países y tantas lenguas, que vino para quedarse entre nosotros.

Nos toca despedirlo a él quedando en nosotros su dulce imagen salida de una estampa nórdica, su expresión bondadosa, sus ojos azules no exentos de picardía, su generosidad, su deslumbrante conocimiento y la humildad de su transmisión acompañada siempre por un: ‘*esto es muy difícil, esto es lo que puede entender*’.

A él mi agradecimiento infinito que -lo digo con tristeza- no supe dárselo, creo, mientras vivió.

Junio, 1994.